

los Hérulos, el más «conservador» de todos los pueblos germanos por sus costumbres, el tipo representativo de los otros «bárbaros» antes de la época en que se les ve entrar en la luz de la historia. Originarios de las orillas meridionales del Báltico, habían permanecido mucho tiempo encerrados en su territorio, cortado de ríos, de lagos y de pantanos. Cuando fueron admitidos en el Imperio de Oriente por Anastasio, al principio del siglo VI, como aliados y mercenarios, practicaban todavía sus ceremonias paganas: eran los únicos entre los Germanos invitados a la defensa del Imperio que, nominalmente al menos, no se habían convertido a la fe cristiana. Procopio los considera como completamente diferentes de los otros hombres a causa de la costumbre que tenían de matar sus ancianos y sus enfermos. En cuanto uno de éstos quedaba completamente inválido, sus amigos y parientes levantaban una gran pira sobre la cual colocaban la víctima, que uno de los Hérulos presentes, extraño a la familia, hería con un puñal, y después se encendía la leña amontonada. ¿Pero no es ese mismo rito, bajo una forma algo diferente, el que practicaban también los Mamertinos, los Judíos, los Escandinavos<sup>1</sup>, y que no hace mucho se perpetuaba todavía entre los Tchuktis de las orillas del Océano Artico? Entre los Hérulos, nación guerrera por excelencia, la falta de recursos alimenticios, que había sido indudablemente la primera razón del asesinato caritativo de los inválidos, no se invocaba ya como la justificación del sacrificio: era para agradar a los dioses, se moría para rescatar por su muerte la vida de los jóvenes. Extinguirse de muerte natural era considerado por el guerrero como un acto, no sólo vergonzoso, sino además antisocial. Del mismo modo, la mujer que no subiera a la hoguera del marido para seguirle al más allá, tendría una vida deshonrada.

La mitología de los Escandinavos, que se aproximaba a la de los Germanos y que hasta reivindica la epopeya de Wagner como el tesoro nacional por excelencia, nos muestra también cuál fué el género de vida de las antiguas poblaciones guerreras. Cualquiera que sea el origen primero de Odin, los terribles batallones que

<sup>1</sup> H. M. Chadwick, *The Cult of Odin*.



Museo del Louvre

PRÍNCIPE BÁRBARO PRISIONERO

Cl. Giraudon

constituían los cazadores y piratas del Norte le transformaron a su imagen. Primeramente un forjador del acero se hizo el dios de los amos, de los nobles y jefes de ejército, mientras que Thor, divinidad más antigua, continuaba guardando bajo su protección las clases inferiores de la masa de los esclavos. Por brutal que fuese, Thor, el dios del martillo, era un amo pacífico en comparación de aquel al que se habían sometido todos los guerreros nobles: vencedores, éstos «daban» sus enemigos a Odin, vencidos «iban» a él; pero de todos modos, siempre que la sangre fuese derramada en batalla, apagaban la sed del dios y merecían ir a un *Val-hu*, el «palacio de los Degollados». Los prisioneros eran ofrecidos siempre en sacrificio, sea que se les arrojase a los espinos o se les desollase vivos, sea, como se hacía ordinariamente, que se les colgase de un árbol, hiriéndoles al mismo tiempo con un puñal; después solían venir los brujos y trazaban runas sobre su cuerpo para evocar el alma y profetizar el porvenir. Entre las diversas denominaciones que los sagas dan a Odin, «Señor de los Cadalsos» es la que se usa con más frecuencia. Cada nueve años se le ofrecía un gran sacrificio, en el cual se mataban en su honor, no prisioneros, sino hombres de la nación; había hijos que mataban a su padre para prolongar su propia vida; también se sacrificaban con las víctimas humanas animales, sobre todo halcones, sin duda símbolos del alma alada.

Las batallas eran precedidas a veces de un acto simbólico de significación terrible: se lanzaba una jabalina sobre un grupo de enemigos, como para tomar posesión de ellos en nombre del «Señor de las Horcas». Cuando se hacía eso todo quedaba dedicado a la muerte, los hombres se daban a Odin, y también el botín se le entregaba; de ahí proceden esos montones de armas y de objetos que los arqueólogos han encontrado en los pantanos del Norte, especialmente en el Sleswig y el Jylland<sup>1</sup>. Los Cimbrios y los Teutones, pertenecientes al mismo ciclo de civilización que los Escandinavos, dedicaban también el ejército enemigo a sus dioses; los Germanos de Armenio se inspiraron en el mismo espíritu religioso para sacrificar las legiones roma-

<sup>1</sup> Engelhardt, *Denmark in the early Iron Age*.

nas. Hasta el fin del siglo X, entre 960 y 970, se cita una batalla precedida del lanzamiento de la jabalina, signo de exterminio completo. Los sacrificios humanos, bajo forma religiosa, lo mismo que la muerte de las viudas sobre la tumba de los esposos, tuvieron lugar todavía al principio del siglo XI, aunque en aquella época, los Normandos, gradualmente cristianizados por sus relaciones con las poblaciones de la Europa occidental, hubiesen ayudado a cambiar poco a poco las costumbres de su patria de origen<sup>1</sup>.

Esos pueblos del Norte y del Este se estrechaban sin cohesión, sin acuerdo mutuo y hasta sin conciencia de los movimientos étnicos en que tomaban parte, contra la áspera frontera del mundo romano para pedirle asilo y víveres, atreviéndose después a tomar tierras y finalmente a apoderarse de las ciudades y del poder. Del lado del Norte, donde los Alpes y sus estribaciones se levantaban en una muralla continua, Trajano había añadido a las defensas del Imperio el foso del Danubio y la cresta ondulada de los Carpatos, pero esos límites fueron franqueados con frecuencia. Del lado del Oeste, las legiones romanas tuvieron que abandonar la ofensiva después del desastre de Varo, pero la frontera quedó claramente limitada durante cuatro siglos. Del Rin al Danubio, de Rheinbrohl a Hienheim, se prolongaba una sucesión de murallas de tierra y de empalizadas, franqueadas de torres, de ciudades y hasta de campos atrincherados: el todo formaba una «gran muralla» de 500 kilómetros de longitud, comparable a la de la China, si no por la importancia arquitectónica, al menos por el valor estratégico. Investigaciones continuadas han permitido indicar claramente toda su extensión<sup>2</sup>: en muchos sitios el césped que la ha revestido la ha conservado con sus aristas vivas desde hace mil ochocientos años, y se reconocen aún vestigios de construcciones en muchos valles transversales donde el hombre ha removido profundamente el suelo para la cultura de sus campos, la edificación de sus ciudades y el trazado de sus caminos.

La dirección general de esta frontera se explica fácilmente por la convergencia de los esfuerzos de la potencia romana que, pro-

<sup>1</sup> H. M. Chadwick, *The Cult of Odin*.

<sup>2</sup> Véase mapa n.º 202, pág. 511, tomo II, y mapa n.º 263, pág. 311, tomo III.

duciéndose de un lado por el camino de las Galias, del otro por los pasos de los Alpes rhetianos, obraba a la vez por el Este y por el Sud,

lo que le permitió aislar fácilmente el ángulo sud-occidental de la Germania; pero ocurre preguntarse por qué el *limes* había sido trazado de una manera tan extraña en la parte de su curso comprendida entre el Main y el Danubio. En esta región, la dirección normal de la mura-



Museo de San Germán.

Cl. Sellier.

THOR, HIJO DE ODIN, DIOS DEL MARTILLO

lla parece indicada por la Naturaleza: podría creerse que una línea recta trazada de río a río por los valles del Tauber y del Altmühl hubiera constituido un límite político natural, y ade-